

8 de Noviembre de 2016.

Me asomo al brillo plateado de la gran laguna de Nicaragua. Me olvido del dolor de huesos, del calor húmedo y del asiento de polipiel. He venido en uno de esos autobuses escolares norteamericanos, repintados de vivos colores que gozan de una nueva vida a base recambios y figuras de santos.

Todo es silencio en el malecón, los niños se lanzan al agua desde los muelles y a lo lejos en la línea de agua, se dibuja la silueta del perfil de Ometepe, la isla de dos volcanes. Entre las barcas de pescadores una garza blanca lanza el pico al suelo entre los juncos.

San Carlos se asienta en el encuentro del río San Juan con la laguna. Podría ser una desembocadura, pero es al revés. Aquí nace el río, desaguadero natural de la gran laguna hacia mar del Caribe. No hay transición del silencio del agua parada al bullicio fronterizo de los tenderetes de ropa y baratijas chinas. Camino entre el humo de las pollerías y el olor rancio a banano frito. Mis pasos me llevan al muelle fluvial, los cambistas me salen al paso con fajos de Colones. No voy a Costa Rica, bajaré en panga por el río hasta el Castillo.

Lo haré en sentido contrario a cómo lo hizo el pirata John Davis, que subió remando de noche y durmiendo de día en bongos desde el Caribe hasta Granada. Saqué iglesias y palacios, llevándose entre el botín a los rehenes necesarios para asegurar su regreso a Jamaica. Otros soñaron con las riquezas del interior del país, como El Olonés, Esquemeling, Dampier y Henry Morgan. Para poner fin a estas correrías, la corona española fortificó el meandro de los raudales del diablo. Así nació el Castillo, en una colina incrustada en la selva que domina el curso medio del río. El fortín era llevado por una soldada mal pagada de mestizos que con armas herrumbrosas y la pólvora húmeda, repelían los intentos de los ingleses de partir en dos la América Española. Pero el Castillo cayó en una batalla en donde participó el mismísimo Horatio Nelson. Al poco los ingleses abandonaron tristemente la plaza, ahora asediados por la disentería.

Los cambiantes márgenes del río esconden en la selva los esqueletos de los vapores que lo recorrieron a mediados del siglo diecinueve. Era la parte fluvial de un billete que unía Nueva York con San Francisco en plena fiebre del oro, evitando un viaje interior repleto de peligros. Entre esos miles de viajeros estaba Mark Twain, al que imagino cautivado por la espesura de la selva y el aullido de los monos.

Más lejos, en el delta hacia el Caribe están clavados los restos de las dragadoras de un canal imaginado, que se fue a Panamá. Pero esa es otra historia. Las casas de colores se derraman por la falda de la colina, colonizando lo que no se come la selva. Como la memoria que coloniza los márgenes del tiempo que fluye como el agua, por el camino navegable.

Alfonso Bermejo Oroz